

# ¿Quién mató a Florencio?

Autor:  
Scavino, Dardo

Revista:  
Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 79-91



Artículo

## ¿QUIÉN MATÓ A FLORENCIO?

por Dardo Scavino

### Las dos voces del policial

La noche del 20 de marzo de 1848, en Montevideo y bajo el sitio de Oribe, justo en el momento en que se disponía a ingresar en su casa, Florencio Varela es apuñalado por la espalda. Los motivos -Mármol intentará probarlo- son políticos. Desde su columna del *Comercio del Plata* Varela venía hostigando al gobierno de Rosas y a la figura de Oribe, a quien llamaba, con desdén, “el loco del Cerrito”. En esos días, además, Varela esperaba entrevistarse con los representantes de Inglaterra y Francia. En estas negociaciones, según Mármol, se jugaba la suerte de Oribe y la del bloqueo naval, la “guerra comercial” de ambos Estados contra el gobierno de Rosas. En *El Conservador*, Mármol comenta el asesinato. Dirige sus sospechas contra los instigadores del crimen: Rosas y Oribe. Pero no tiene pruebas suficientes para inculparlos. Ignora todavía quién lo perpetró. Anuncia una investigación más minuciosa.

A poco de cometido el asesinato, Luis L. Domínguez edita en la imprenta del *Comercio* la autobiografía de Florencio Varela, reuniendo 64 páginas de escritos, entre memorias privadas, extractos de su viaje por Europa y la copia fascimular del último artículo escrito por Varela para su diario. Un año más tarde, con todo este material, más las noticias periodísticas sobre el crimen, declaraciones del interrogatorio policial e investigaciones propias, Mármol compone un folleto de 67 páginas titulado *Asesinato del Sr. Dr. Don Florencio Varela, redactor del “Comercio del Plata”, en Montevideo*<sup>1</sup>.

Este escrito de Mármol puede ser considerado como el primer relato policial de la Argentina. Y no sólo porque sea el primero desde un punto de vista cronológico, aquel que encabezaría una serie. Si el género comienza con este folleto es porque dramatiza las condiciones políticas de emergencia del género, el conflicto entre la legalidad y el saber civiles contra la justicia y el duelo rurales. O para ser

---

más precisos: Mármol convierte la guerra sarmientina entre Civilización y Barbarie en un nuevo enfrentamiento, asimétrico, heterogéneo, entre el detective y el criminal. Por un lado, entonces, introduce una nueva ficción de la política, una reinterpretación del conflicto bajo categorías jurídicas; por el otro, establece una nueva política de la ficción, al autonomizar o convertir en regla del género ese antagonismo. Así las cosas, no sólo es, ordinalmente, el primero, sino también, y cardinalmente, el fundador<sup>2</sup>.

La primera parte del relato se centra en el análisis de los “motivos” o los “móviles”, como suele decirse, del asesinato. Mármol deduce entonces la identidad de sus instigadores, porque lo que le interesa aquí, como dijimos, es demostrar el carácter político del crimen:

*Fue evidentemente un asesinato político, como se va a ver. Dejemos al ejecutor que se escapa de Montevideo, y entremos a resolver esta cuestión: ¿quién lo mandó asesinar? Por medio del razonamiento buscaremos primero el más interesado y más caracterizado para ese crimen, y en seguida presentaremos pruebas de otro valor más incontestable que tenemos en nuestro poder.*<sup>3</sup>

La segunda parte se ocupa de la “identidad” del asesino, un tal Andrés Cabrera, quien habría sido recompensado por Oribe, el “Facundo” de esta historia, con una fuerte suma de dinero. Así quedaría probado el vínculo entre el ejecutor y su instigador. Recién en la tercera parte se aborda la reconstrucción de los hechos y la repercusión entre los exiliados argentinos, los amigos de Varela y los habitantes de Montevideo.

En los comienzos del género, entonces, un periodista, Mármol, investiga y narra el asesinato de otro periodista, el mismo que investigaba y narraba los crímenes del gobierno de Rosas y el sitio de Oribe. Un “detective”, desde el punto de vista del género, narra, podría decirse, el asesinato de otro. En los orígenes del género, entonces, hay ya una *repetición*: Mármol es el primer escritor de policiales porque ya es el segundo, porque le da a su relato, desde el principio, una filiación precisa. Mármol crea su precursor: pone retroactivamente en Varela todos los elementos que reclama para su narración. Y es más: no es casual que Mármol haya esperado que se publicara la autobiografía de Varela y que se conocieran los informes policiales: como en todo relato policial, el detective finge reconstruir cuando en realidad *interpreta* otros relatos de los hechos. Si hay repetición, es porque el relato del detective implica, desde el principio, la interpretación de otro relato.

¿Pero cómo es posible que el detective pueda decir lo que realmente ocurrió cuando sólo interpreta otro relato, otras versiones, acerca de lo que ocurrió?

En esa suerte de epitafio que Mármol redacta para Varela, en la semblanza que traza de su papel en el combate contra Rosas y Oribe, se adivinan ya las premisas del género policial, al menos tal como va a existir en Argentina. La muerte de este periodista señala entonces el nacimiento del género:

*Sí, Oribe, cuando yo alzo la voz para confundirte, mi voz es poderosa porque me hago eco de una generación entera a quien has herido con el puñal que traspasó a Varela... (p. 85)*

Si la voz de Mármol se confunde con la de Varela, es porque “confunde” a Oribe como ya lo había hecho su precursor. En efecto, Mármol describe las proezas narrativas de Varela y su arte de confundir al enemigo:

*Con la fuerza irresistible que ofrecen los hechos públicos y contemporáneos: haciendo hablar de sus propios delitos a los hombres, a quienes tenía atados a un banquillo de acusación perenne; presentándoles sus propias declaraciones oficiales, sus propios periódicos, sus propias firmas; acusándolos con la precisión de un talento claro y lógico cuanto elocuente, luego de confundirlos, los arrojaba con desprecio a la sentencia terrible de la opinión pública. (p. 58)*

Conviene detenerse en esta cita. Mármol no sólo profetiza la semblanza del futuro detective, caracterizado por un “talento claro y lógico”, sino que además nos da una pista esencial para comprender algunas condiciones de posibilidad para la emergencia del género. Sobre todo, la desaparición del cuerpo a cuerpo de la tortura o el suplicio para obtener una confesión (y en este aspecto habría que leer el texto de Mármol en contrapunto con *El Matadero* de Echeverría). Varela tiene “atados a un banquillo” a sus oponentes, pero se trata de un “banquillo de acusación perenne”, de modo que lo jurídico y la ley sustituyen la violencia inmediata; y aquella confesión es posible porque Varela la extrae, gracias a su “talento”, del relato de los otros. Comienza a delinearse así un criterio estrictamente genérico para distinguir lo racional y lo irracional. El detective se opone al criminal porque éste, en su discurso, se opone a sí mismo, se traiciona o se delata.

Esta palabra contradictoria será entonces la de la sinrazón y la locura (la del “loco del Cerrito”), aquella que dice y se desdice. La otra será, por supuesto, la voz

¿Pero cómo es posible que el detective pueda decir lo que realmente ocurrió cuando sólo interpreta otro relato, otras versiones, acerca de lo que ocurrió?

En esa suerte de epitafio que Mármol redacta para Varela, en la semblanza que traza de su papel en el combate contra Rosas y Oribe, se adivinan ya las premisas del género policial, al menos tal como va a existir en Argentina. La muerte de este periodista señala entonces el nacimiento del género:

*Sí, Oribe, cuando yo alzo la voz para confundirte, mi voz es poderosa porque me hago eco de una generación entera a quien has herido con el puñal que traspasó a Varela... (p. 85)*

Si la voz de Mármol se confunde con la de Varela, es porque “confunde” a Oribe como ya lo había hecho su precursor. En efecto, Mármol describe las proezas narrativas de Varela y su arte de confundir al enemigo:

*Con la fuerza irresistible que ofrecen los hechos públicos y contemporáneos: haciendo hablar de sus propios delitos a los hombres, a quienes tenía atados a un banquillo de acusación perenne; presentándoles sus propias declaraciones oficiales, sus propios periódicos, sus propias firmas; acusándolos con la precisión de un talento claro y lógico cuanto elocuente, luego de confundirlos, los arrojaba con desprecio a la sentencia terrible de la opinión pública. (p. 58)*

Conviene detenerse en esta cita. Mármol no sólo profetiza la semblanza del futuro detective, caracterizado por un “talento claro y lógico”, sino que además nos da una pista esencial para comprender algunas condiciones de posibilidad para la emergencia del género. Sobre todo, la desaparición del cuerpo a cuerpo de la tortura o el suplicio para obtener una confesión (y en este aspecto habría que leer el texto de Mármol en contrapunto con *El Matadero* de Echeverría). Varela tiene “atados a un banquillo” a sus oponentes, pero se trata de un “banquillo de acusación perenne”, de modo que lo jurídico y la ley sustituyen la violencia inmediata; y aquella confesión es posible porque Varela la extrae, gracias a su “talento”, del relato de los otros. Comienza a delinearse así un criterio estrictamente genérico para distinguir lo racional y lo irracional. El detective se opone al criminal porque éste, en su discurso, se opone a sí mismo, se traiciona o se delata.

Esta palabra contradictoria será entonces la de la sinrazón y la locura (la del “loco del Cerrito”), aquella que dice y se desdice. La otra será, por supuesto, la voz

---

de la razón. Mientras en la primera hay dos voces en contradicción, en la segunda hay un acuerdo. Si la palabra del criminal es el producto de un “alma convulsionada”, escindida (Mármol trata a Oribe de “monomaniaco”, término utilizado en el siglo XIX para nombrar la esquizofrenia), la palabra del detective proviene de un espíritu tranquilo, de un “talento claro y lógico”.

Mármol repite esta distribución de las voces en una comparación que establece entre la *Gaceta Mercantil* y el *Comercio del Plata*:

*Su Gaceta insultaba, calumniaba, se sofocaba a fuerza de argumentar y desmentir bajo su palabra; el Comercio, tranquilo y moderado, presentaba los hechos bajo la garantía de notoriedad pública, o de los documentos mismos de su enemigo [...] la Gaceta, escrita por hombres sin talento y sin convicciones, que ofrecían su pluma de malos redactores por un puñado de dinero que les pagaba su señor; el Comercio, escrito por el talento más acreditado de la república, y que no recibía sino de sí mismo las inspiraciones de su redacción [...] constituían una guerra, la más desigual y desventajosa para el dictador. (p. 51)*

Como el asesino de Varela, entonces, los redactores insultan y calumnian (se trata de la violencia de la palabra irracional) por dinero, pero al mismo tiempo se delatan, ya que “argumentan y desmienten bajo su palabra”. Varela, por su parte, es el representante de la palabra racional porque detecta estas contradicciones y porque, desde el momento en que esté de acuerdo consigo mismo, no responde sino a su propia “inspiración”. Las dos palabras, entonces, distribuyen también dos polos políticos: el de la obediencia, la violencia y la irracionalidad, por un lado; el de la libertad, la ley y la racionalidad, por el otro. Si, de acuerdo con Josefina Ludmer, en la gauchesca la palabra se convierte en arma (y el duelo en payada, en desafío), en el policial, por el contrario, el arma será sustituida (o asumida) por la palabra y la guerra, o el duelo, por el juicio. Es como si el género policial (por lo menos hasta Borges y Bioy Casares) se hubiera constituido en una contraposición implícita con la gauchesca: si ésta revalorizaba la burla y la picardía, y ese uso polémico de la palabra conocido como “desafío”, si incluso desbarataba la identidad gaucho=delincuente, el policial, con Mármol, vuelve a invertir esta valoración: lo que caracteriza a Rosas y Oribe, los “caudillos gauchos”, como lo llaman Mármol y Varela, es “la mala fe de los picaros y la alevosía de los bandidos” (p. 70).

Si la gauchesca se planteaba como una peculiar alianza entre la voz del gaucho y la del letrado, entre la oralidad y la escritura, el policial, por el contrario, comienza por distribuir las voces de otro modo: la oralidad popular se convertirá

---

de la razón. Mientras en la primera hay dos voces en contradicción, en la segunda hay un acuerdo. Si la palabra del criminal es el producto de un “alma convulsionada”, escindida (Mármol trata a Oribe de “monomaniaco”, término utilizado en el siglo XIX para nombrar la esquizofrenia), la palabra del detective proviene de un espíritu tranquilo, de un “talento claro y lógico”.

Mármol repite esta distribución de las voces en una comparación que establece entre la *Gaceta Mercantil* y el *Comercio del Plata*:

*Su Gaceta insultaba, calumniaba, se sofocaba a fuerza de argumentar y desmentir bajo su palabra; el Comercio, tranquilo y moderado, presentaba los hechos bajo la garantía de notoriedad pública, o de los documentos mismos de su enemigo [...] la Gaceta, escrita por hombres sin talento y sin convicciones, que ofrecían su pluma de malos redactores por un puñado de dinero que les pagaba su señor; el Comercio, escrito por el talento más acreditado de la república, y que no recibía sino de sí mismo las inspiraciones de su redacción [...] constituían una guerra, la más desigual y desventajosa para el dictador. (p. 51)*

Como el asesino de Varela, entonces, los redactores insultan y calumnian (se trata de la violencia de la palabra irracional) por dinero, pero al mismo tiempo se delatan, ya que “argumentan y desmienten bajo su palabra”. Varela, por su parte, es el representante de la palabra racional porque detecta estas contradicciones y porque, desde el momento en que esté de acuerdo consigo mismo, no responde sino a su propia “inspiración”. Las dos palabras, entonces, distribuyen también dos polos políticos: el de la obediencia, la violencia y la irracionalidad, por un lado; el de la libertad, la ley y la racionalidad, por el otro. Si, de acuerdo con Josefina Ludmer, en la gauchesca la palabra se convierte en arma (y el duelo en payada, en desafío), en el policial, por el contrario, el arma será sustituida (o asumida) por la palabra y la guerra, o el duelo, por el juicio. Es como si el género policial (por lo menos hasta Borges y Bioy Casares) se hubiera constituido en una contraposición implícita con la gauchesca: si ésta revalorizaba la burla y la picardía, y ese uso polémico de la palabra conocido como “desafío”, si incluso desbarataba la identidad gaucho=delincuente, el policial, con Mármol, vuelve a invertir esta valoración: lo que caracteriza a Rosas y Oribe, los “caudillos gauchos”, como lo llaman Mármol y Varela, es “la mala fe de los pícaros y la alevosía de los bandidos” (p. 70).

Si la gauchesca se planteaba como una peculiar alianza entre la voz del gaucho y la del letrado, entre la oralidad y la escritura, el policial, por el contrario, comienza por distribuir las voces de otro modo: la oralidad popular se convertirá

en lenguaje-objeto, mientras que la palabra del letrado, del saber y de la razón, asume la posición de sujeto o la de metalenguaje lógico. De ahí que Varela hiciera “hablar de sus propios delitos a los hombres” y que pudiera extraer la verdad “de los documentos mismos de su enemigo”<sup>4</sup>. Los enemigos, como se ve, ya no están en el mismo plano: uno se convierte en objeto, el otro en sujeto; uno no sabe lo que dice, el otro sí. El propio Mármol resolverá el caso a partir de las declaraciones de ciertos testigos, gente del pueblo en su mayoría, y concluirá que, a pesar de sus contradicciones, todos coinciden en señalar que Cabrera fue el asesino y que fue pagado por Oribe, con lo cual se confirmaba la sospecha de que se trataba de un asesinato político.

Recordemos que todavía un siglo más tarde, en *Operación masacre*, Walsh va a demostrar que los fusilamientos de José León Suárez fueron un asesinato -y no una ejecución legal como pretendía la dictadura- a partir de las declaraciones del jefe de la policía de Buenos Aires, teniente coronel Fernández Suárez. En el capítulo 33, “Fernández Suárez confiesa”, Walsh escribe:

*Lo que sucede luego es bien curioso. Hasta ese momento en efecto, no hay pruebas del fusilamiento clandestino. No hay más que la denuncia de Livraga, contra “quien resulte responsable”, y las declaraciones de Fernández Suárez, perdidas en los diarios de junio de 1956, que a nadie se le ha ocurrido buscar. Pero ahora es el jefe de policía quien llevado por una oscura fatalidad autoacusatoria confirma y amplía aquellas declaraciones.*

*Es él, pues, quien da la prueba que reclama.*<sup>5</sup>

La aparición de la figura del detective, el pasaje del duelo, la guerra o la tortura, de todos los “cuerpo a cuerpo” a la legalidad y la racionalidad del detective, resulta pues inseparable de una estrategia de *descorporización* de este nuevo héroe-narrador (por oposición al héroe-actor). Al final de la primera parte, después de “establecer las relaciones políticas” entre Cabrera, Rosas y Oribe, y de “descubrir el interés peculiar en cada uno de ellos para mirar como más o menos peligrosa a sus miras la existencia del escritor enemigo”, luego de “rastrear en el carácter y en el corazón de alguno de los dos [Rosas y Oribe], los estimulantes personales que pudiese tener para precipitarse a aquel crimen”, y antes de abordar las “relaciones de un carácter jurídico”, Mármol habla de un presagio:

*Un fenómeno tan original como repetido se hace sentir siempre la víspera de las revoluciones o de los graves acontecimientos políticos, en que la sangre humana ha de teñir la tierra: parece que entonces hay en los espíritus una facultad*

---

*de adivinación; que un genio misterioso y secreto viene a hablar a los hombres en el fondo de su conciencia, y a revelarles que se prepara un gran mal, sin explicarle ni su tiempo ni sus medios, pero siempre clara y fijamente a sus autores. Y así sucedió.*

*Desde los primeros días de marzo, se hablaba en Montevideo de crímenes premeditados por Oribe. (p. 74).*

Como en aquella causalidad mágica evocada por Borges, en que se suele “atormentar o denigrar una imagen de cera para que perezca su original”, como en aquellos filmes en que la historia comienza con un episodio profético, con una premonición, Mármol cuenta que Oribe mandó a fusilar un busto grotesco de Varela:

*¡Parece que Oribe, viendo que dilataba en caer el golpe del asesino sobre el pecho de la víctima, se complacía en asesinarlo en efigie! (p. 76).*

Al día siguiente, la “víctima” comentaría en el *Comercio del Plata* con cierto humor:

*El día 7 del corriente, a la tarde, fuimos solemnemente fusilados en la Calle de la Restauración, habiendo aprobado don Manuel Oribe la sentencia, según hemos tenido noticia cierta. Nuestros lectores tendrán de hoy en adelante, que prestar mayor fe a cuanto digamos, pues nuestra voz vendrá del otro mundo, y la voz del otro mundo es siempre voz de verdad. (p. 76).*

Y como sucederá en los cuentos de Borges, estas premoniciones revelan ciertos datos esenciales acerca de las estrategias del propio narrador: la efigie es a Varela, lo que Varela a Mármol. La voz del otro mundo, la “voz de verdad”, será también la de Mármol. Sistemáticamente, éste va a contraponer los atributos *incorporales* de Varela a los rasgos *corporales*, incluso animales, de Rosas y Oribe. Si Varela da *golpes*, son los “golpes *morales* que llegan a herir el edificio de la dictadura”; si utiliza la *fuerza*, se trata de la “fuerza de *alma* para reconquistar la libertad”; si tiene un *poder*, se trata de “la *inteligencia*, único poder del señor Varela”; y si emprende una *guerra*, lo hace “en el terreno más seguro para la victoria de la *verdad*”<sup>6</sup>.

Toda la estrategia de Mármol consiste en desplazar el esquema dual de la guerra por el esquema ternario del juicio. Oribe y Varela son enemigos, sí, pero no están en el mismo plano. Como en todo relato policial, hay un crimen (un asesino y una víctima) y alguien capaz de descifrar y narrar ese crimen (un detective).

Varela es aquí la víctima y al mismo tiempo el detective: pertenece al mundo de los cuerpos que actúan y padecen, puesto que fue asesinado, pero también al “otro mundo”, el de “la narración fiel y la apreciación desapasionada e inteligente” de los hechos. Una vez muerto, cuando ya no es protagonista del drama, Varela se convierte en un puro narrador; un narrador, dirían hoy ciertos críticos literarios, “extradieгético”. Varela era una de las partes en el conflicto pero, al “morir”, se convierte en un espectador imparcial (“voz del otro mundo”), como cualquier juez que no toma partido por ninguna de los contendientes. En efecto, si Varela se “enfrentaba” a Rosas y Oribe era porque

*los tenía atados a un banquillo de acusación perenne (...) acusándolos con la precisión de un talento claro y lógico... (p. 58).*

Terminada la investigación sobre el crimen, Mármol repite la posición de Varela:

*Atado a su delito, nosotros lo arrojamos [a Oribe] al anatema de los hombres y a la vergüenza de sus mismos hijos (p. 84).*

Frase que retoma los propósitos evocados al principio del relato:

*Lo único que sus amigos pueden hacer, es legar a la posteridad su juicio sobre ese acontecimiento, y con la sangre de la víctima, salpicar la frente del asesino (p. 48).*

Y mientras Varela y Mármol son los jueces porque tienen juicio, Oribe, por el contrario, es el “loco del Cerrito”, un hombre “en quien la equidad, la moral y la justicia no han entrado jamás en su gobierno, ni en sus principios” (p. 62), poseído por una “pretensión monomaniaca”, que, “entre el delirio de sus pasiones salvajes” (p. 66), “mata por instinto”, porque en él “el crimen es una propensión de su temperamento” (p. 67), un hombre que puede

*llegar hasta la capital, vengarse de sus enemigos, y ser en ella proclamado para esa presidencia, que trastornándole el juicio, le hizo imaginar y declarar que estaba en ella...(p. 63).*

A diferencia de lo que ocurrirá en este siglo, con Borges, Bioy Casares, Saer o incluso Sasturain, el loco y el letrado son dos personajes en conflicto: mientras

---

que uno tiene el juicio trastornado (el criminal bárbaro), el otro lo juzga porque es el hombre del buen juicio (el detective civilizado)<sup>7</sup>:

*Las condiciones morales de los hombres, están siempre en armonía o en relación unas con otras, y del mismo modo que el corazón del hombre es más propenso a las pasiones del odio o la venganza, a medida que el carácter es más agreste, e incultivado por la educación, se observa que la susceptibilidad y la irritación son más frecuentes en los hombres cuyo espíritu es naturalmente menguado, y en cuya inteligencia predomina la ignorancia... (p. 66)*

Incluso, como si revelara sus propios recursos ficcionales, Mármol presenta el conflicto entre la “violencia” y la “verdad”, entre la “fuerza” y la “ley”, entre la “locura” y la “razón”, en fin, entre la “barbarie” y la “civilización” como un conflicto teatral, como un drama. La nueva política de la ficción (el género) resulta inseparable de una nueva ficción de la política (la situación):

*Entretanto, he aquí en los actores de este sangriento drama la personificación perfecta de los dos elementos que forman con su choque la situación de esta región de América : la civilización oponiendo sus armas morales a la barbarie, y la barbarie degollando la civilización con el cuchillo del bandido (p. 85).*

## **El nuevo poder**

La guerra está declarada: la civilización usará la “fuerza” pero será la de la “verdad”; se valdrá de sus “armas” pero serán las de la “moral”; se propondrá como un “nuevo poder” pero será el de la “palabra”:

*Las palabras del señor Varela habían llegado a un grado tal de aceptación y respeto en todos aquellos que seguían de cerca las noticias del Comercio del Plata, que bajo el poder del mismo Rosas, era un nuevo poder contrario que iba creciendo y aumentando en solidez cada día (p. 48).*

Y más adelante:

*[Oribe] temblaba de la influencia de la verdad, y del poder de los hechos presentados en las elocuentes columnas del Comercio... (p. 74)*

La batalla se desarrolla entre dos series heterogéneas, entre los cuerpos y los enunciados, las armas y la pluma, el gaucho y el letrado (el criminal y el detective). Así va repartiendo los roles de sus personajes: sus oponentes políticos se transforman en los criminales juzgados; la civilización es la víctima, como Varela; éste era otrora el juez y le cedió la plaza al propio Mármol. Rosas tiene el poder de las armas; los exiliados, el de la palabra:

*Mi voz es poderosa porque me hago eco de una generación entera a quien has herido con el puñal que traspasó a Varela* (p. 85).

El paralelo se vuelve explícito:

*Varela, cayendo asesinado por el puñal de Oribe, no es sino la expresión simple de la civilización del Plata, cayendo exánime a los golpes de la dictadura personal de los caudillos gauchos*<sup>27</sup>.

Puede restituirse, entonces, la serie de equivalencias: la civilización=Varela=exiliados=Mármol. El relato de Mármol se distribuye pues en dos polos. Por un lado, el de la contradicción, la incoherencia, el duelo. El sistema de gobierno de Rosas y Oribe es “un sistema de guerra” (Varela “demostraba en Rosas la guerra, como la primera necesidad de su sistema de gobierno...” [p. 61]). Y le hacen la guerra a los demás porque, al mismo tiempo, están en guerra consigo mismos: se contradicen, sus discursos son “inconsecuentes”. Por el otro están Varela, Mármol, los exiliados y la “intervención europea”: la coherencia, la no-contradicción, la paz (“es, por el contrario, el deseo y la conveniencia de la paz en estas regiones, lo que motiva la intervención europea en ellas” [p. 57]). Reconstruir el crimen significa, en consecuencia, reconocer que la realidad es coherente y no-contradictoria, y que la guerra o el enfrentamiento es simplemente una “locura” que una posición “razonable” debería superar.

El género policial desplaza así el duelo de la gauchesca o de la épica criminal al interior del propio “culpable” y lo convierte en un discurso contradictorio o interiormente polémico. Se funda así una suerte de círculo vicioso. Como en todo conflicto jurídico, alguien *tiene razón* (la víctima) y alguien *no la tiene* (el culpable). En el relato de Mármol, justamente, la víctima (Varela-Mármol) *tiene razón* en los dos sentidos de la palabra y puede descubrir al culpable, al victimario (Rosas-Oribe), porque *no tiene razón*, porque se contradice o perdió el juicio.

---

Los inicios del género, pues, no se distinguen de la emergencia de este “nuevo poder” (“la inteligencia, único poder del señor Varela”), letrado e inteligente, que combate ese otro poder violento y brutal:

*seguir consintiendo la introducción de 150 a 180 ejemplares que iban del Comercio del Plata era dejar que tomase cuerpo un incendio que lo podía devorar [a Rosas] más tarde; era tolerar al lado del despotismo desconfiado y en peligro siempre, el imperio seguro y duradero de la verdad, era en fin tolerar al lado del poder bárbaro, el poder ilustrado de la inteligencia, cundiendo de clase en clase, de familia en familia, a merced de un trabajo laborioso y constante del jefe hábil de la prenda de oposición, y por medio de esa fuerza irresistible de las ideas, a quienes los tiranos no pueden degollar ni proscribir (p. 51).*

Facundo de Sarmiento se inmiscuye, desde su epígrafe, en el discurso de Mármol, traza una frontera, un criterio “letrado” de distinción entre guerra y política: la primera es crimen y la segunda juicio<sup>8</sup>.

Pero en esta última cita vuelven a aparecer aquellos tres términos a los cuales nos referimos: “*imperio seguro y duradero de la verdad*”, “*poder ilustrado de la inteligencia*”, “*fuerza irresistible de las ideas*”. Con estos tres elementos, agrega Mármol, Varela,

*encarando la situación presente, preparaba las opiniones y el espíritu público para las situaciones futuras, cuando la paz, la libertad y el orden, sustituyan la guerra, la esclavitud y la relajación de hoy... (p. 50)*

Varela, Mármol y los exiliados son los gobernantes sin Estado, la verdad sin juzgado, la inteligencia sin ministerio, las ideas sin gabinetes. Ellos no s—lo fueron exiliados del territorio argentino sino, por sobre todo, de un gobierno al cual estaban destinados por naturaleza. Mientras que Manuel Oribe era el hombre “agreste”, “incultivado por la educación”, propenso por eso mismo a “la susceptibilidad y la irritación”, “frecuentes en los hombres cuyo espíritu es naturalmente menguado y en cuya inteligencia predomina la ignorancia” (“agregando además el celo afanoso de los hombres *por ostentar una posición adquirida en la sociedad cuanto más tienen la conciencia de que no la merecen*” [p. 66]), Florencio Varela, por el contrario, tenía “dotes debidos a la naturaleza, y estudios especiales”, era alguien

*a quien la naturaleza había formado para el gabinete; a quien una vasta instrucción histórica y política, elevada a la altura de los derechos y deberes públicos de las naciones, y a quien una educación esmerada, afiliaba en el rango de cultura a que pertenecen generalmente los agentes diplomáticos...* (p. 53)

Existe pues un “crimen” anterior al asesinato de Florencio Varela y que de alguna manera lo causó, una suerte de *hybris*, de trastocamiento del orden natural de cosas, de “relajamiento”, como dirá Mármol: el país está gobernado por quienes, de acuerdo con su naturaleza, no son aptos para gobernar. Los capacitados para este papel, en cambio, están en el exilio. Los locos, aquellos cuya palabra dice y se desdice, detentan el poder:

*Y cuando [Oribe] al pie de algún árbol del Miguelete, cobijado en su poncho, o en mangas de camisa, acababa de poner su pomposa firma de Presidente legal, en algún negocio en que se veía obligado de dirigirse a los Ministros interventores, y esperaba con orgullo ver en el Comercio del siguiente día, junto con su nota, todo el enojo grave de Cicerón contra Catilina, encontraba que el Comercio no había podido enojarse, y lo llamaba: “El loco del Cerrito”, con la gravedad de Figaro* (p. 66).

Haciéndose eco de Varela, en efecto, Mármol va a decir más adelante que Oribe era capaz de

*llegar hasta la capital, vengarse de sus enemigos, y ser en ella proclamado para esa presidencia, que trastornándole el juicio, le hizo imaginar y declarar que estaba en ella...* (p. 63)

El “crimen político por excelencia, el crimen que finalmente denunciaba Mármol, y Varela antes que él, era que ese *cuerpo* al pie de un árbol, vestido de poncho o “en mangas de camisa” se dijera “Presidente legal” y que sus destinatarios naturales, los doctores, tuvieran que contentarse con juzgar los hechos desde la otra orilla del río. Esta era la verdadera violencia, el asesinato de la “civilización” cuyo símbolo, cuya metáfora, era la muerte de Varela, el mismo que anunciaba:

*Quiero escribir la historia contemporánea en las páginas de un periódico, y con la verdad, los hechos y la filosofía imparcial de ellos, demostrar a estos pueblos su estado y la causa de sus males...* (p. 49)

Este era finalmente el “mal”, el crimen que explica todos los demás: aquellos cuerpos no estaban hechos para los asuntos políticos sino para el trabajo o la guerra (como lo proponía ya Platón en su *República*), mientras que las *almas*, las inteligencias, estaban hechas para gobernarlos. La *locura* (el cuerpo que gobierna el alma) era el correlato estricto de la *tiranía* (los gauchos que gobiernan a los doctores).

Un siglo más tarde, Walsh va a escribir el capítulo 12 de su *Operación masacre*. El título es: “Me voy a trabajar...” Es lo que le dice Vicente Damián Rodríguez a su mujer. Sólo que Rodríguez no se va a trabajar. Se va a una reunión, no se sabe si para escuchar una pelea o para contactarse con gente que estaba en el levantamiento de Valle. En uno u otro caso, Rodríguez va a ser fusilado esa misma noche por no haber “ido a trabajar”, porque los trabajadores, los que son sólo cuerpo, no hacen -desde la perspectiva platónica de la dictadura- política: trabajan. De la política se encargan los doctores, las almas letradas:

*La sensación de poder que le dan sus músculos vigorosos nunca puede verla cabalmente trasladada al mundo objetivo. En alguna época, es cierto, actúa en su sindicato y hasta llega a delegado, pero luego todo eso se derrumba. Ya no hay sindicato ni hay delegado. Entonces comprende que él es nadie, que el mundo pertenece a los doctores. El signo de su derrota es claro. En su barrio hay un club, en el club una biblioteca. Acudirá allí, en busca de esa fuente milagrosa -los libros- de donde parece fluir el poder...<sup>9</sup>*

## NOTAS

<sup>1</sup> José Mármol, *Asesinato de Florencio Varela*, seguido de *Manuela Rosas*, edición y prólogo de Juan Carlos Ghiano, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972.

<sup>2</sup> A propósito de la gauchesca, Josefina Ludmer sostenía que “los principios que articulan un género deben leerse *a la vez* (y en un sentido histórico) como elementos sociales, temáticos y formales cuando se formulan por primera vez; la historia del género produce por lo general la separación y autonomización de estos campos, entre sí y en su relación con la realidad”. De ahí que el momento de nacimiento de un género resulte una zona privilegiada: “analizar el discurso de un género equivale entonces a analizarlo cuando, paradójicamente, todavía no puede ser pensado como género”. Josefina Ludmer, “La lengua como arma. Fundamentos del género gauchesco”, en L. Schwartz Lerner e Iván Lerner, eds., *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Castalia, Madrid, 1984, pp. 471-479.

<sup>3</sup> Mármol, *ob. cit.*, p. 48.

4 Tema público también

5 Rodol

6 Mármol y los ojos d

7 Mármol Raúl y esto.

8 Por su pero se y de p deseo ellas” Albréd guerra falta d

38 *Operación*

---

Este era finalmente el “mal”, el crimen que explica todos los demás: aquellos cuerpos no estaban hechos para los asuntos políticos sino para el trabajo o la guerra (como lo proponía ya Platón en su *República*), mientras que las *almas*, las inteligencias, estaban hechas para gobernarlos. La *locura* (el cuerpo que gobierna el alma) era el correlato estricto de la *tiranía* (los gauchos que gobiernan a los doctores).

Un siglo más tarde, Walsh va a escribir el capítulo 12 de su *Operación masacre*. El título es: “Me voy a trabajar...” Es lo que le dice Vicente Damián Rodríguez a su mujer. Sólo que Rodríguez no se va a trabajar. Se va a una reunión, no se sabe si para escuchar una pelea o para contactarse con gente que estaba en el levantamiento de Valle. En uno u otro caso, Rodríguez va a ser fusilado esa misma noche por no haber “ido a trabajar”, porque los trabajadores, los que son sólo cuerpo, no hacen -desde la perspectiva platónica de la dictadura- política: trabajan. De la política se encargan los doctores, las almas letradas:

*La sensación de poder que le dan sus músculos vigorosos nunca puede verla cabalmente trasladada al mundo objetivo. En alguna época, es cierto, actúa en su sindicato y hasta llega a delegado, pero luego todo eso se derrumba. Ya no hay sindicato ni hay delegado. Entonces comprende que él es nadie, que el mundo pertenece a los doctores. El signo de su derrota es claro. En su barrio hay un club, en el club una biblioteca. Acudirá allí, en busca de esa fuente milagrosa -los libros- de donde parece fluir el poder...<sup>9</sup>*

## NOTAS

- <sup>1</sup> José Mármol, *Asesinato de Florencio Varela*, seguido de *Manuela Rosas*, edición y prólogo de Juan Carlos Ghiano, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972.
- <sup>2</sup> A propósito de la gauchesca, Josefina Ludmer sostenía que “los principios que articulan un género deben leerse *a la vez* (y en un sentido histórico) como elementos sociales, temáticos y formales cuando se formulan por primera vez; la historia del género produce por lo general la separación y autonomización de estos campos, entre sí y en su relación con la realidad”. De ahí que el momento de nacimiento de un género resulte una zona privilegiada: “analizar el discurso de un género equivale entonces a analizarlo cuando, paradójicamente, todavía no puede ser pensado como género”. Josefina Ludmer, “La lengua como arma. Fundamentos del género gauchesco”, en L. Schwartz Lerner e Iván Lerner, eds., *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Castalia, Madrid, 1984, pp. 471-479.
- <sup>3</sup> Mármol, *ob. cit.*, p. 48.

- <sup>4</sup> Tema recurrente a lo largo del relato: "...viéndose confundido en él, ora puesto a la vergüenza pública por sus delitos; ora perseguido por sus propias inconsecuencias e imposturas" (p. 63). O también: "...no hablando sino para tener el don de comprometerse más en su ruina..." (p. 65).
- <sup>5</sup> Rodolfo Walsh, *Operación masacre*, Buenos Aires, De la Flor, 1984, p. 146.
- <sup>6</sup> Mármol, ob. cit., pp. 52, 53 y 58 respectivamente. Recordemos que esta distribución de lo corporal y lo incorporal ya había sido señalada por David Viñas a propósito de *Amalia* en "Los dos ojos del romanticismo" en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- <sup>7</sup> Mármol anticipa aquí la continuación de la novela policial en la Argentina del siglo XIX con Raúl Waleis y Eduardo Holmberg: el criminal loco y el detective médico. Volveremos sobre esto.
- <sup>8</sup> Por supuesto, tanto Varela como Mármol apoyaban la intervención armada de Francia e Inglaterra pero se las ingenian para que aparezca como una misión "enteramente pacificadora, de civilización y de progreso mercantil y económico", incluso como un "apoyo desinteresado" (p. 55): "Es el deseo y la conveniencia de la paz en estas regiones, lo que motiva la intervención europea en ellas" (p. 57). Los argumentos utilizados aquí por ambos autores son muy semejantes a los de Alberdi en *El crimen de la guerra*, para quien "la espada de la justicia no es la espada de la guerra". Dicho en otros términos: el Estado detenta el monopolio de la violencia "legítima", y a falta de un Estado, de un orden civil, este papel lo encarnarían las naciones "civilizadas".
- <sup>38</sup> *Operación masacre*, p. 51. El subrayado es mío.